

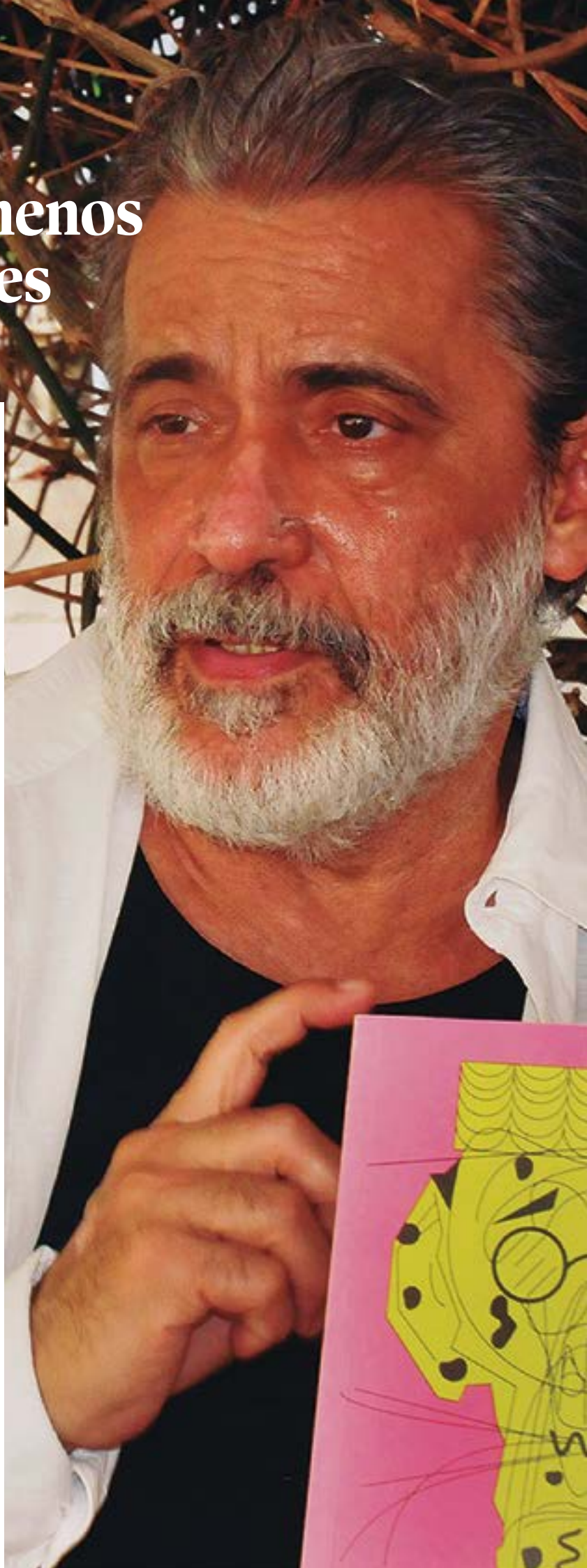
Más hombres, menos machos y mejores seres humanos

■ Félix Julio Alfonso López

LA APARICIÓN EN CUBA DE UN LIBRO DONDE SE presentan de manera académica, seria y desprejuiciada los temas de género, específicamente los relacionados con el estudio de las masculinidades, debe ser saludado y agradecido. Que su autor sea el Dr. Julio César González Pagés no debe sorprendernos, pues se trata del historiador que más y mejor ha frecuentado esta parcela entre nosotros, desde que a inicios de la ya lejana década de 1990, fundó una manera distinta de acercarse a las vidas y actitudes de los hombres y mujeres cubanos en el devenir histórico. Alejado de inútiles diatribas y loas excesivas, Julio César encontró su propio camino de investigador escudriñando los avatares del movimiento feminista insular del siglo XX, uno de los más importantes del continente americano, reivindicó el legado de las esforzadas mujeres gallegas inmigrantes y rescató de las «oscuras manos del olvido» la figura transgresora de la médica suiza Enriqueta Favez, que encontró en su pluma un perfil biográfico definitivo.

De manera natural, llevado por el ansia de ensanchar los límites de la historiografía en los estudios de género, Julio César visitó con fervor el territorio marginal de las masculinidades, y devino con rapidez en líder científico de sus indagaciones, con reconocimiento más allá de las fronteras insulares, entre otras cosas porque tuvo la visión de que su trabajo no podía ser individual ni capilla de laboratorio. Surgió así la Red Iberoamericana y Africana de Masculinidades que proclamó vocación ilustrada de universalidad. Eligió con sutileza como emblema de la Red una espléndida fotografía del campeón olímpico de esgrima Ramón Fonst, que lo muestra con las piernas extendidas, como ejemplo no solo de flexibilidad física, sino al mismo tiempo de grandeza moral, pues Fonst se involucró en tareas humanitarias en apoyo de la niñez desvalida a causa de la guerra de 1895.

Durante varios lustros Julio César llevó su prédica misionera del saber sobre los hombres





por universidades y comunidades académicas de su patria y del mundo, impartió clases y dictó conferencias magistrales en recintos científicos de gran prestigio, creó grupos de investigación, instauró jornadas, talleres y coloquios para crear de manera colectiva y divulgar una metodología de trabajo y fomentó, como todo maestro verdadero, un ramillete de discípulos. Pero sabía que para lograr una transformación real, debía saltar con audacia intelectual los muros del saber letrado y perderse en el rudo torbellino de la vida social.

Apareció entonces el gran promotor, activista y animador de la cultura de paz, por la igualdad y en contra de toda violencia física o simbólica entre los seres humanos. Peregrinó a las cárceles donde habló con el corazón a los que un escritor naturalista, Carlos Montenegro, bautizó como los «hombres sin mujer» y advirtió en la práctica deportiva un espacio idóneo para poner en práctica sus ideas en contra del imaginario de violencia machista, tan arraigado en las lides atléticas. Los jóvenes deportistas que escucharon sus ideas y se involucraron de manera activa en sus aspiraciones, pudieron ganar entonces la medalla dorada de la solidaridad y el bienestar individual y colectivo, al interior de una comunidad con altos estándares de competencia intrínseca.

Este libro es la bitácora de un viaje por los senderos, hasta hace poco tiempo ignotos u olvidados, del estudio sobre los hombres cubanos, sus imaginarios corporales, incertidumbres síquicas, tabúes de salud, dogmas subjetivos, dudas existenciales y ansiedades eróticas. Revela con transparencia como la tradición machista de la sociedad patriarcal y su deletéreo legado, lo que su autor denomina la «triada de la violencia» (hombres contra hombres, hombres contra mujeres y hombres contra sí mismos), oprime como una pesadilla el cerebro y degrada las conductas de los hombres del presente.

El texto deja constancia de la obra académica y espiritual llevada adelante por su autor a favor de la transformación del estereotipo machista dominante, esa criatura violenta, excluyente, narcisista y cruel. Su labor en diversos escenarios ha tratado de explicar y desterrar hábitos heredados y reproducidos en el seno de la familia, la escuela, el trabajo y la vida social, en pro de una verdadera y legítima supresión de sus peligrosos y devastadores efectos en el cuerpo de la nación y en el ser

individual. El trabajo de prevención y educación en el arduo aprendizaje de una manera distinta de «ser hombre», como reza el título del libro «más hombres y menos machos» en su sentido cabal y liberador, encuentra en estas páginas un aliento vivificante.

No estamos en presencia de un volumen de gabinete, porque además su autor nunca ha sido un historiador enclaustrado en torre de marfil. Esta es obra mayor de sensibilidad humana y profunda pedagogía social. Es ejemplo de madurez intelectual, que integra saberes teóricos de varias disciplinas académicas con la práctica fecunda de los activismos, fortalecidos desde perspectivas históricas, sociológicas, antropológicas, filosóficas y de estudios jurídicos y antirracistas. No menor en esta noble cruzada ha sido el acompañamiento de la Agencia Suiza para el Desarrollo y la Cooperación (COSUDE), a la que Julio César ha tributado su experiencia de investigador y prestigio científico durante largos años, en la germinación de propósitos encaminados al diseño de políticas públicas afines al perfil de las masculinidades y a la conversión de ademanes especulativos en realidades tangibles.

Los frecuentes casos de violencia que nos inquietan y estremecen cada día, los asesinatos de mujeres y hombres de manera brutal y despiadada, las agresiones físicas y verbales contra hombres, mujeres, niños y ancianos, son el mejor termómetro social para evaluar la necesidad urgente de que libros como este sean divulgados y sus contenidos generalizados entre un número cada vez mayor de personas. Me parece un importante acierto de las nacientes Ediciones Quisicua, proyecto bienhechor y ecuménico de vasta experiencia y probados resultados, haber acogido la publicación de estas páginas de tanta actualidad. Cumple así no solo un estimulante ejercicio editorial, sino además contribuye al enriquecimiento de su propia tradición humanista. Felicito a Julio César por este vademécum útil y hermoso, fruto del talento puesto al servicio del bien común y me place mucho disfrutar de su amistad, pundonor y bondad. ✨